

Alguien me de la mano

Cada día que pasa es más difícil la vida. Las frustraciones, las tristezas de ver que no resulta lo que hemos planeado, todo nos produce desasosiego.

Todos deseamos tener existo en nuestras empresas, sea cual sea. Luchamos por salir adelante en el trabajo, con la familia, en la crianza de los hijos, con las amistades. Todos queremos un lugar en el mundo. No ser uno más, sino ser alguien. Pero, ¡qué triste es cuando sentimos que los demás solo se aprovechan de nuestras fuerzas, para ejercer su dominio, o realizar sus deseos!

Hay momentos en que aún sentimos que ya no somos necesarios en la obra del Señor. Ver que nuestros sueños se van quedando atrás, no es sencillo. Sin embargo, siempre hay propósitos en nuestra vida.

Cuando comenzamos en la escuela, nuestro deseo, según vamos avanzando es llegar a la meta y lograr una profesión. Comenzamos a trabajar, y nuestra meta es llegar a retirarnos al descanso permanente, sabiendo que no nos faltará el pan diario. Cuando comenzamos una labor en la obra del Señor, también tenemos metas. Queremos ser instrumentos del Señor en todo aquello que El ponga en nuestras manos. Sin embargo, cuando nos encontramos solos, sin apoyo emocional de parte de aquellos que están puestos para ello, llegan las frustraciones a nuestra vida, y por ende ya no queremos avanzar.

Las heridas que nos causan aquellos que nos hacen presión para que no avancemos son dolorosas en gran extremo. Solo Dios puede escudriñar nuestro corazón y ver lo que está sucediendo en nuestro interior. Las guerras espirituales, emocionales y aún hasta morales que vamos peleando mientras subimos al monte alto. Aquellos que nos miran de lejos, solo piensan que somos unos inútiles, que nada sabemos hacer y que Dios nunca nos verá como instrumentos suyos. Lo peor que puede sucederle a una persona, es sentirse que es un inepto en el Señor. No hay razón de ser, no hay voluntad para seguir hacia delante, no hay refrigerio espiritual, ni de ninguna clase. Solo hay preguntas, ¿por qué, si he tratado de hacer todo lo mejor posible? ¿por qué, si he dado parte de mi vida en esta lucha? ¿por qué, si solo quiero ser fiel y útil en las manos de Dios? ¿por qué? ¿por qué? ¿por qué?. Cuando nos envolvemos en estas preguntas, no reflexionamos en el para qué Dios me ha llamado.

No soy de las personas que le gusta estar sin hacer nada. Creo que hasta me he excedido en muchas cosas, por tratar de agradarme a mi misma. O más bien de hacerme ver a mi misma que soy alguien, y que valgo para alguien. En el trabajo secular, quisiera ayudar a todos, para sentirme valiosa, en la iglesia quisiera hacer infinidades de trabajos, para sentir que soy alguien. En el hogar quisiera ser otra, para sentir que estoy haciendo bien las cosas. Pero en todo he fallado. Nadie ve en mi la persona que yo quiero que vean. En el trabajo, soy un número más, en la iglesia, he sido un diezmador más y en el

hogar, me considero un fracaso total. Yo comprendo que nada podemos hacer sin el Señor.

Para Jesús fue frustrante ver que sus amigos dormían mientras Él oraba en el Getsemaní. Estaba en agonía, una gran agonía, y nadie le dio la mano. Fue solo hasta la cruz, y nadie le dio la mano. Pedro lo negó, los demás lo abandonaron, nadie le dio la mano.

Cuando estamos pasando por agonía, deseamos que alguien nos de la mano, sin embargo muchas veces lo que encontramos son personajes que nos hundan más con sus comentarios. No tener cerca o disponible una persona que nos de la palmada en momentos de agonía es insoportable. Pero más insoportable es tener a nuestro lado a una persona, que, cuando nos acercamos pidiendo apoyo, nos trate fríamente y a veces hasta despiadados. Eso hace que nuestras frustraciones sigan arrastrándose en nuestro interior. Frustraciones que no nos dejan ser capaces de realizar una labor, sea secular o espiritual y que nos podamos sentir llenos de gozo por ello. Completos en nuestro proceder. Quisiéramos muchas veces, no estar en el mundo. Encerrarnos en nuestra habitación en nuestra casa y no compartir con nadie. Es cuando optamos por encerrarnos en nosotros mismos y no deseamos compartir, muchas veces, ni con el mismo Dios, porque creemos que ni Él mismo nos entiende. ¿Qué hacer entonces? No hay otra fuente en el universo que nos pueda ayudar a salir del lodo cenagoso en que nos sentimos en medio de las frustraciones.

¿Cómo se sentía David, cuando Saúl lo perseguía? ¡Cuántas frustraciones tuvo el rey David! Siempre puso su confianza en Dios. Pedía que la misericordia de Dios no se apartara de él. Para este valeroso hombre, escogido por Dios para ser el rey de Israel, lleno del temor a Jehová, se le hizo difícil la vida. Primero perseguido por el loco y envidioso Saúl, luego perseguido por el traidor de su hijo Absalón. David entendía que había propósitos en Dios en todo aquello.

Muchas veces en nuestra frustración no vemos la misericordia de Dios. Solo queremos salir al otro lado. Ver nuevos horizontes, ver nuevos amaneceres. Pero no es así, nos levantamos en la mañana, y ¿qué hay allí?, más dolor, más agonía, más no soy nadie, más ¿por qué tuve que llegar al otro día? Son tantas las cosas que nos pasan por la mente. Otra vez la misma rutina, la misma gente, la misma familia. Nada ha cambiado, todo sigue igual. Y nos decimos a nosotros mismos, quisiera que todo fuera diferente, pero nada es diferente, todo es igual. Luchamos con el tránsito para llegar al trabajo, pasamos un pésimo día entre personas que no nos aprecian mucho, y con personas que no deseamos tener cerca en estos momentos. Tal vez el jefe nos envía a realizar una tarea que se me hace dificultosa y mi capacidad mental está limitada a cero por ciento, en este día. Mi concentración, anda más que un viaje a las estrellas. ¡Cómo quisiera que hoy fuera diferente! Tal vez me sonrió con alguien en la calle, tal vez un compañero dice alguna expresión que me parece agradable, tal vez un compañero me saque conversación de algo. Pero yo no quiero hablar con nadie. Regreso a mi casa, allí está mi familia, el esposo, o la esposa, los hijos, y tal vez alguien más. No deseo compartir nada con ninguno de ellos. Me voy a la cocina a preparar los alimentos, ¡estoy sumamente

cansada y cargada! No quiero hacerlo, pero ellos tienen hambre, porque a mí ni me interesa comer, solo quiero tirarme en un rincón y quedarme allí el resto de mi vida.

Llega la hora de dormir me tiro al suelo o al sofá porque detesto la cama. Me acuesto, me da comezón, se me adormecen los pies y los brazos, y siento que la cabeza me da vueltas. Leo la Biblia, oró un poco, ya que no me puedo concentrar en nada, me acuesto, y me desveló por un rato. Luego puedo conciliar el sueño, pero las pesadillas y las experiencias con el diablo, el Señor lo reprenda, no me dejan dormir. Ya a las 4:00 o a las 5:00 a.m. estoy despierta, no puedo dormir más, solo a ratitos. Me levantó de 5:30 a.m. a 6:00 a.m., me pongo a orar, pero no me puedo concentrar. No llega a mí el espíritu de oración que necesito para presentarme a Dios. Eso es otra agonía. De allí me levanto con una pena enorme, porque no pude hablar con mi Señor, y me apresuro a prepararme para ir al trabajo. Pienso, esto no vale la pena vivirlo. Siempre cansada, frustrada y no procuro lo que deseo, que más que nada es agradarle a Dios y valorar a mi familia, por lo que son. Peor aún, no me valoro yo misma por lo que soy y lo que he logrado en mi vida.

El Señor nos ha permitido victorias en varias obras que hemos realizado, pero aún así seguimos con nuestra frustración. No creemos ya en la gente. Cuando alguien nos muestra amor, intentamos rechazarlo porque no le creemos. Hemos sido engañada tantas veces, que desconfiamos totalmente de las personas.

Muchas veces hemos oído la voz de Dios en nuestro interior diciéndonos que son grandes y hermosas las cosas que nos esperan en el camino, pero no podemos entenderlas, debido a las frustraciones en el camino. Si compartimos con alguien lo que Dios nos dice, nos toman por presuntuosos, y no recibimos el apoyo emocional necesario, para fortalecernos espiritualmente y aprender a esperar en el Señor. Aunque sabemos que sus promesas son fieles y verdaderas, a veces necesitamos a alguien que esté dispuesto a darnos ayuda a creer más en esas promesas.

Hemos escuchado muchos testimonios de personas que han comenzado con algo muy pequeño, y dado su esfuerzo en el trabajo para el Señor o secular, han llegado a ser el personaje soñado por ellos. Los oímos y nos decimos a nosotros mismos, yo quiero ser así, yo quiero triunfar, yo quiero ese puesto que surge en la oficina, yo quiero ser un mensajero del Señor, yo quiero ser un líder espiritual con virtud, con santidad. Sin embargo, hay alguien que se pone en el medio para entorpecer los sueños. No solamente lo hace el mismo enemigo, sino también personas y/o líderes en medio nuestro, que nos ponen el pie para que caigamos en descrédito y no deseemos seguir la marcha. A veces esa persona es el cónyuge, a veces los hijos, a veces un compañero de trabajo, a veces el jefe en el trabajo. Sin embargo, cuando se trata del trabajo en el Señor, las personas que ponen en medio a veces es hasta el mismo pastor o líder espiritual, personaje que Dios nombró para ayudar al pueblo a crecer y enseñarles a ocupar el lugar que le corresponde en la viña del Señor. Es por eso que Dios les dice que ellos darán cuenta de cómo están cuidando las ovejas del Señor. No somos simples seres humanos, somos el pueblo de Dios, y es por eso que cuando estamos frustrados, o en agonía, esa persona llamada líder, es quién está llamado a darnos la mano y ayudarnos a levantarnos. Pero, no siempre es así.

¿Te haz preguntado alguna vez, cómo se sentiría el pueblo de Israel cuando llegó frente al Mar Rojo, y a sus espaldas tenía a los egipcios? Llegaron al punto de desear rendirse a la muerte, por no haber camino. Otros hasta desearon matar a Moisés, culpándolo de aquella situación. Pero allí recibieron la liberación. ¡Liberación! Dios solo le dijo a Moisés, “dile a mi pueblo que marche”. ¡Qué marche!, el Mar Rojo está delante. ¿Hacia donde habríamos de marchar? ¡Solo marchen!, dijo Dios. ¡Qué difícil situación! A Elías le dijo: “come y bebe, porque largo camino te resta! Dios parece ser cruel con aquellos, pero El sabía lo que le estaba ordenando al pueblo y a Elías. Estas frases no me dan consuelo, me dan trabajo y agonía, pero Dios, que es quién todo lo sabe, no nos dejará solos en el camino, eso pienso yo.

La travesía tiene infinidad de obstáculos, nos cansamos, nos cargamos, nos fatigamos hasta de pensar en seguir adelante, pero, ¿qué nos dice la Biblia, en cuanto a esto? ¿Quién está dispuesto a darme la mano?

A pesar de la agonía del camino, debemos mantener nuestra mirada en la meta, Pablo dice: *“No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús. Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús.” Filipenses 3:12-15*

El pueblo de Israel sufrió la agonía de 40 años en el desierto con todas sus inclemencias. Sin embargo llegaron a la tierra prometida los que debían de llegar. Nos sentimos como en el desierto. Cada paso que damos en la vida parece ser tenebroso. Nos encontramos con un sinnúmero de situaciones, que nos agobian cada vez más. Vamos caminando por el valle de sombra de muerte. Es allí donde necesitamos el consuelo y la fortaleza que otros nos puedan brindar. Pero, ¿qué pasa? ¿Es acaso que nadie ve nuestra situación? ¿Es que a nadie le importa mi dolor, mi agonía? Muchas veces esta es la pregunta que nos hacemos, pero no hallamos la respuesta a las mismas. Cuando creemos que hemos salido del lodo, aparece quién nos empuje al mismo nuevamente. ¡Qué lucha esta! Volvemos a preguntarnos, ¿qué pasa con los que me rodean? ¿Por qué nadie me da la mano? ¿Por qué me atropellan tanto? ¿Es acaso, que no valgo nada?

Paso a paso, nos vamos dando cuenta que estamos solos. Que no podemos depender de otros. Que debemos buscar solución a nuestra situación de la manera más sencilla. Pensamos en lo que deseamos. Queremos alcanzar la meta trazada. ¿Quién está dispuesto a ayudarme a llegar hasta el final? Pablo dice: *“Por lo cual asimismo padezco esto; pero no me avergüenzo, porque yo sé a quien he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día.” 2 Timoteo 1:12*

Cuando pienso en estos grandes personajes de la Biblia, en sus vidas y en lo que ellos lograron, me digo a mi misma, quiero ser como ellos. A veces veo una película y algún héroe gana la batalla, y pienso un solo hombre, o una sola mujer logró tanto, ¿por qué yo no puedo hacerlo? Cuando pienso en la profetiza Deborah, me imagino a mi

misma, en una gran hazaña como la de este siervo de Jehová. Luego me doy cuenta de que no será así. Estoy segura que Dios tiene para cada uno de nosotros algo especial. El nos ha dado dones diferentes para que los pongamos en práctica, pero el miedo al fracaso, el miedo al que pensarán los demás, y el miedo a que no crean en mí, me cohibe de ejercer el don que Dios me ha dado.

Me asusta un montón pararme frente a la congregación, a decir algo. Siento que no aceptan mis palabras y menos aún mi persona. Me preguntó en que les fallé, que hice para merecerme tal actitud. No tengo respuesta alguna, solo Dios sabe. Cuesta arriba, esa es la meta, pero, ¿hasta dónde seguiré cuesta arriba? ¿Alguien puede darme la mano, alguien puede ayudarme a entender lo que está sucediendo? No hay respuesta, no hay voces, no hay suspiros, no hay vida. Vuelvo a preguntarme, ¿qué les hice? ¿por qué no recibo el consuelo que necesito, de aquellos que se llaman ser líderes espirituales? Nos acercamos al líder mayor, y nos dice que alguien le habló mal de nosotros, sin nosotros saber de que se trata. Solo dice me dijo. ¿Qué te dijo? Es la pregunta que bulle en la mente. ¿Por qué te dijo eso? No hay respuesta, esperar. Pero esperar, ¿a quién tengo que esperar? ¿Por qué tengo que esperar? Nadie responde. Solo podemos decir, Dios ten misericordia de mí y ayúdame a sacarme tanto dolor de mi mente y mi corazón. No deseo continuar con esta hoyo de presión en mi cabeza. Creo que voy a estallar, y tengo miedo de lo que pueda suceder.

Caminando con lentitud, pero con determinación, eso es lo que tenemos que hacer. Llegar a alcanza la meta que nos hemos trazado. De nuevo la pregunta, ¿quién está dispuesto a darme la mano, para dirigirme? Nadie responde. Pienso de nuevo en el apóstol Pablo: prosigo a la meta. ¿Cuál es mi meta? Alcanzar la gloria eterna, sí, claro que sí. Pero aún estoy aquí en el mundo. ¿Cuál es mi lugar en el mundo? Entonces recuerdo que el Señor Jesús nos dice, que estamos en el mundo, pero no somos del mundo. Claro entiendo eso, El habla en términos espirituales y yo comprendo, pero mi carne esta en este mundo. Debo pensar mejor. Claro, la gente de este mundo, no nos amará jamás, pero Jesús siempre nos amará no importa cuan grande sea nuestra agonía.

Pablo me da aliento, porque él me habla como si fuera Dios hablando a través de él. Me dice: *“Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria.”* Es entonces cuando pensamos, no todo está perdido. Sé que si pongo mi esperanza en el cielo, algo bueno ha de sucederme. ¡Oh!, me trae a la memoria al salmista David, él dice: *“Pacientemente esperé a Jehová, y se inclinó a mí, y oyó mi clamor. Y me hizo sacar del pozo de la desesperación, del lodo cenagoso; puso mis pies sobre peña, y enderezó mis pasos. Puso luego en mi boca cántico nuevo, alabanza a nuestro Dios.”* Salmo 40:1-3(a)

Nada más que decir, entiendo que en toda la agonía que podemos pasar, es solo esperar en Dios. Nuestro Creador sabe que tenemos necesidad, y yo estoy segura, que nos ayudará siempre. Por eso me aconsejo y me digo que debo esperar en El. Sería

maravilloso que al final pueda yo decir como Pablo: *“He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida.”* 2 Timoteo 4:7-8

¿Encontraste ya quién te diera la mano? Sólo Dios, lo hará. El es el único que realmente nos quiere ver caminando, subiendo la cuesta, pasando el desierto, cruzando el Mar Rojo, y pasando el valle de sombra de muerte.

El es el único que sabe la agonía que llevamos en el interior y porque la llevamos. El pagará a cada cual conforme a sus obras. Por eso oro por aquellos que me han dañado. Nos sentimos como una computadora a la cual le introdujeron un virus dañino y es necesario llevarla al mejor técnico posible para arreglar el daño. Así es mi vida cuando alguien intenta dañarla, pero vamos al taller del maestro, al técnico del corazón, El esta dispuesto en todo tiempo para sanar mis heridas, para vendarlas, pasarle el aceite sanador y volver a lazarme a los caminos, porque dice El: LARGO CAMINO TE RESTA.

GLORIA A DIOS, ALGUIEN ME HA DADO LA MANO.

DESDE PUERTO RICO CON AMOR

Millie Vázquez

Ministerio Evangelístico Palabra de Reconciliación, Inc.
<http://www.palabradereconciliacion.com>